

## 27. El lanzamiento de las Misiones

¿Recuerdan el episodio del intento de fuga del hogar del pequeño Gaspar para ir, como San Francisco Javier, a *predicar el Evangelio a los Turcos*? Se pensó a una aventura infantil, pero no fue así. Esa llama florecida en su ánimo a temprana edad, como sacerdote se fue ampliando poco a poco, hasta emanar en toda su fuerza, especialmente después de la fundación de la nueva Congregación. En él, el espíritu misionero era uno con el deseo de propagar la devoción a la Preciosa Sangre de Jesús. La practicaba y predicaba, basándose en la Escritura y los Padres de la Iglesia. El quehacer misionero tenía el propósito principal de llevar a todas las almas tibias o lejanas a Dios aquella Sangre que Jesús había derramado para la redención del mundo.

Gracias a su liderazgo, el Instituto y las Misiones tuvieron de inmediato un impulso fuerte. Él condujo hasta el fondo el colosal apostolado misionero, y a este se dedicó durante años, mejor dicho por vida, con un crescendo que, poco a poco, superó sus fuerzas físicas, escasas, pero con el apoyo de una fuerza de voluntad y una tenacidad que tiene algo de prodigioso y que, no pocas veces, se volvieron prodigio.

Sus sermones - llamadas *de máximas*, porque recordaban máximas eternas - por lo general duraban dos horas; a veces tenía muchas al día. En Nocera Umbra, en un solo día, predicó catorce veces, ¡y en el mismo día en que también tuvo dieciséis comentarios para el Vía Crucis! Y la gente lo escuchaba porque él - y así los suyos - rechazaban la elocuencia oratoria, conformándose únicamente al Cristo Crucificado, la verdad del evangelio, a la ansia de bien para los demás, la caridad, la justicia.

Gaspar fue capaz de dar un estilo todo personal, su *método de predicar las misiones*, que tenían que ser un verdadero "*asalto espiritual a los pueblos*". Actuaba con tanta fuerza como para ser llamado *Terremoto Espiritual*. Las preparaba meticulosamente con el clero y las autoridades locales; quería que la recepción de los misioneros en la entrada a la ciudad o de los pueblos, fuera entre las más solemnes: sonido de campanas y participación del obispo, del clero, de las autoridades civiles, de las cofradías con sus estandartes.



Los misioneros besaban el suelo y recibían el Crucifijo; luego, en medio de cantos penitenciales, desfilaba la procesión hasta la iglesia principal, donde realizaba su predicación de introducción y, flagelándose, invitaba a los fieles a hacer penitencia.

Durante la Misión, al atardecer, los Padres se dispersaban por las calles y plazas, donde llevando Crucifijo y tocando una campanita, llamaban la atención de los que pasaban y que estaban encerrados en casa, invitando a las funciones religiosas. También entraban en las tabernas y centros nocturnos, donde la recepción no fue siempre la más cordial. ¡A veces, padecían humillaciones ardientes! De las ventanas no llovían por cierto flores, ni agua limpia, y en las tabernas no se les convidaba tragos, ¡sino insultos!

Gaspar no se limitaba a los sermones en la iglesia, más organizaba conferencias preparadas para cada grupo social, enviaba a sus compañeros a solicitar la presencia de poblaciones vecinas; por lo que al caer la tarde se veían llegar gente de los pueblos en procesión trayendo antorchas y estandartes. Cientos, a menudo miles acudían a escucharlos. Las iglesias ya no eran suficientes y Gaspar tenía que predicar en las plazas.

Los misioneros también iban de casa en casa para visitar a los enfermos, para convencer a los más obstinados a volver a Dios, a pacificar a las familias y a visitar a los prisioneros.

Tres eran los acontecimientos más conmovedores: el repentino ingreso de la estatua de la Virgen dolorosa en la Iglesia, durante el sermón sobre el infierno, entre sonidos de campanas, campanitas y órgano, y al grito de "¡Viva María!"; la Solemne Comunión a los enfermos, la procesión de penitencia, que cerraba la Misión.

La gente se entusiasmaba, lloraba, hacían cola en los confesionarios; pecadores empedernidos se convertían; se apaciguaban individuos y enteras poblaciones.

Tampoco faltaban milagros auténticos, que poco a poco vamos a estar narrando.

El fin de las Misiones era poner remedio a una moral general gravemente sacudida; por lo tanto, para que tanto bien no resultara inútil, Gaspar inculcaba al clero de continuar la labor de los Misioneros y erigía *Pías Uniones, Cofradías, Círculos* que mantuviesen vivo el recuerdo de las Misiones y las prácticas en honor de la Preciosa Sangre que habían establecidas.

La última noche se erigía la *Cruz Recuerdo*, en cuyos pies se quemaban libros y estampas obscenas, emblemas irreligiosos y armas. Los enemigos se reconciliaban públicamente, abrazándose entre la conmoción general.

Tras éxitos triunfales, Gaspar y los suyos, para evitar complacencia humana y tentación de vanagloria, se iban a escondidas. ¡Todo mérito, toda gloria debía ser atribuida sólo a Dios!